

DOS COMPOSICIONES DE CAMPOAMOR, EXTRAÍDAS DE SUS POESÍAS (1840): «AL RÍO NAVIA» Y EL PRE-ROSALIANO «SU IMAGEN»

DOS CARTAS A «CLARIN»: PÉSAME POR LA MUERTE DE SU PADRE Y REACCIÓN ANTE EL PRIMER TOMO DE «LA REGENTA»

Dionisio GAMALLO FIERROS(*)

A Sara Suárez Solís, que tan generosamente me trató al trazar mi semblanza en la «Escuela Unversitaria del Magisterio». Consecuencia de nuestra común experiencia docente en la Enseñanza Laboral, en los años cincuenta.

UN LARGO ECLIPSE, MEDIO SIGLO DE DURACIÓN

A DON RAMÓN CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO, más «campo de Amor», que campo de Osorio (1817-1901), desde este año de su muerte, hasta 1950 pudiera aplicársele aquella hermosísima «Alegoría DE LA BREVEDAD DE LAS COSAS HUMANAS», de Góngora, que tiene por estribillo: «Aprended, flores, en mí/lo que va de ayer a hoy,/que ayer maravilla fui,/y sombra mía aún no soy».

Aupado a los más altos niveles de la fama entre 1846 y 1888, viviendo de «las rentas de la gloria» entre 1888 y 1901; progresivamente silenciado a partir de entonces, no es exagerado afirmar que entre 1915 y 1944 su nombre se sumió (pese a incluirse, en 1921, en «Clásicos Castellanos» de

(*) Dionisio Gamallo Fierros.—Nacido en Ribadeo, 25 de agosto de 1914. Licenciado en Derecho por la Universidad de Santiago (mayo, 1936). Licenciado en Filosofía y Letras (Historia Moderna y Contemporánea) por la Universidad de Valladolid (junio, 1941). Periodista por la Escuela Oficial de Madrid (julio, 1951). Correspondiente de la Real Academia Gallega (1944), del Instituto de Estudios Asturianos (1962), de la Real Academia Española (1967). Profesor de Literatura Española e Hispanoamericana, en varias Universidades e Institutos españoles, entre ellos la Universidad y el Instituto Femenino de

«La Lectura», luego de Espasa-Calpe), en general zona de sombra. Hubo un amago de salir del pozo cuando en 1943 la Colección «Joya», de Aguilar, aloja en un tomo gordezuelo (se parece al Campoamor ya vejete) sus «Poesías», con prólogo reivindicador, «pero menos», de Félix Ros. En 1949 y 1952 dos maestros, uno ya veterano («Azorín») y otro maduro entonces (Dámaso Alonso) vuelven a actualizarlo. El gran conocedor de Góngora llega a afirmar: «NO ESTAMOS AÚN PREPARADOS para hacer justicia a CAMPOAMOR..., llegará un día EN QUE SE RECONOZCA CUÁN ORIGINAL FUE SU POSICIÓN DENTRO DEL SIGLO XIX español... Claro que NUNCA CONFUNDIRÉ a Campoamor CON UN GENIO DE LA POESIA, pues CREO QUE EL MAYOR DAÑO LE VIENE DE HABER TENIDO QUE REPRESENTAR ESE PAPEL ANTE SUS CONTEMPORÁNEOS...».

Sin embargo, cuando en 1966 Dámaso Alonso vuelve a tocar el tema CAMPOAMOR, dijérase que pone sordina a su reivindicador alerta. Pero entre las dos fechas indicadas: 1952 y 66, es un discípulo de don Dámaso y prologado por él, VICENTE GAOS, quien al publicar, en 1955, en la Biblioteca Románica Hispánica (dirigida precisamente por el Dr. Alonso) su estudio sobre la Poética de CAMPOAMOR, pone a éste en vías de larga y general rehabilitación. Un poco antes, dentro del mismo 55, nosotros también habíamos contribuido modestamente, pero con algunos enfoques nuevos, a la repesca, en una conferencia, «Campoamor, EN SU SITIO» (la

Oviedo (1960 a 1966) y el Instituto Carreño de Miranda, de Avilés (curso 1941-42). Y en la Escuela Oficial de Periodismo y Facultad de Ciencias de la Información, de Madrid.

Autor de libros y ensayos con extensión de tales, sobre Bécquer, Laverde Ruiz, Menéndez Pelayo, Maeztu, Pérez de Ayala, Ricardo León.

Conferencias y artículos acerca de «Clarín» (unos sesenta, de 1945 a la actualidad) y algunos sobre Campoamor, de 1944 a nuestros días.

Más de 1.000 artículos de investigación en torno a figuras de La Ilustración Asturiana: Feijoo, Jovellanos, Antonio Raimundo Ibáñez, y grandes figuras del XIX como Carolina Coronado, Bécquer, Rosalía Castro, Curros Enríquez, Augusto Ferrán, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Pardo Bazán, etc.; integrantes del 98, Unamuno, Valle-Inclán, Rubén Darío, Baroja; del grupo del 27: Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Eduardo Alonso, etc.

Ha pronunciado más de 600 conferencias, en Universidades, Institutos y Ateneos Españoles; en el Kings College de Londres e Institutos de España de dicha capital y de Roma; en la Universidad de León de Nicaragua (pertenece a la Orden de Rubén Darío) y en el Centro Gallego de Méjico.

Fue Asesor de la Sección de Literatura en la Editorial del Instituto de Cultura Hispánica y de la Sección Bibliográfica de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Ha alcanzado varios premios Literarios, entre ellos el de la Diputación de La Coruña y el Pérez Lugín, de la misma ciudad; el Premio Hispanocubano conmemorador del Centenario de José Martí (mayo, 1953) y uno de poesía castellana en Juegos Florales de Compostela (1945).

Ha colaborado en «ABC», «Arriba», «Ya», «Pueblo» e «Informaciones», de Madrid, y en muchos diarios de provincias, especialmente «La Nueva España» y «La Voz de Asturias», de Oviedo, y «El Progreso», de Lugo. Y no olvida que se inició literariamente en los semanarios de su villa natal, Ribadeo: «Las Riberas del Eo» y «La Comarca», hoy este último «la Comarca del Eo».

Entre temas de relación cultural hispanoamericano ha escrito sobre el poeta gauchesco Alonso Trelles («El Viejo Pancho»), Leopoldo Lugones, Juana de Ibarbouruv y sobre los humanistas colombianos Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo.

Y (capítulo de su vida que recuerda con especial cariño) fue Director del Instituto Laboral de Ribadeo de 1955 a 1960.

Está jubilado desde agosto último, tras haber sido Profesor en el Instituto Lope de Vega de Madrid a partir de octubre de 1971.

comentó Serrano Anguita), en el Centro Asturiano de Madrid, y en un artículo publicado en la revista de las Fiestas de Navia «Lar». Al poco se suceden firmas de desigual calibre, pero todas responsables: Cernuda, Cossío, Díaz Plaja, C. Murciano, etc., que debaten el justiprecio de CAMPOAMOR, en una —en conjunto— campaña revalorizadora.

Pero volvamos a la etapa de la marginación y el largo ostracismo. Si es cierto que le va bien entonces a CAMPOAMOR lo de la Letrilla de Góngora, cabe asimismo aplicar al autor de «¡Quién supiera escribir!», y de «El tren expreso» (composiciones que durante tantos años leyeron y releieron cientos de miles de españoles) el tan fluyente dicho «Cuando el río suena (en este caso los ríos NAVIA, Sar, Manzanares, TURIA) AGUA LLEVA». Si, tan certero refrán fluvial explica que nunca le faltasen a CAMPOAMOR comentaristas valiosos, aunque fuesen aislados, volubles y discontinuos. Entre ellos (a la cabeza de la constante reincidencia en el tema campoamorino) «Azorín», que ya en 1895, cuando sólo era José Martínez Ruiz, escribió:

«Entre los poetas profesionales, y los llamo así para distinguirlos de los que sin necesidad de medir versos hacen poesía, y POESÍA HONDA Y SENTIDA, DESCUELLA EN PRIMER TERMINO *Campoamor*, PARA MÍ EL MÁS GRANDE DE NUESTRO PARNASO». *Campoamor* NO TIENE ENTRE LOS VIVOS QUIEN LE SOBREPUEJE, NI ENTRE LOS MUERTOS QUIEN LE HAGA SOMBRA, A NO SER Espronceda» (1).

Cierto que en 1902 tratará al naviego con injusta severa dureza, de la que en nuestros días se queja, con razón, Carmen Borja, en su muy interesante libro «CAMPOAMOR: Trazado de una negación», Oviedo, 1983, que ha llegado a mí a través de las cordiales manos generosas del académico don Gonzalo Anes. Pero cierto también que «Azorín» nunca dejó pasar arriba de cinco o seis años de su dilatada y fértil vida sin regresar al tema Campoamor. Esta insistencia implica expresivo interés por el complejo y mal estudiado naviego. Sólo se vuelve a aquello que de verdad nos atrae.

LOS PADRES DE CAMPOAMOR.—LA TEMPRANA ORFANDAD PATERNA.—LOS ONCE AÑOS ENTRE PIÑERA Y NAVIA (1821-1832)

¡Importantes los ancestros en la vida de todo ser humano...! Y lo que nos ocurre en los primeros años de nuestro existir. No en vano dijo Rilke: «La Patria del hombre es su infancia», refiriéndose tanto o más que a la territorial a la psicológica.

El padre del poeta, DON MIGUEL PÉREZ CAMPOAMOR, terrateniente en Mohías, debió de nacer hacia 1785 (2). La madre, de condición más hidalga e influyente social que el padre, DOÑA MARÍA MANUELA CAMPO OSORIO, naciera el 9 de junio 1795. Debieron de contraer matrimonio alrededor de 1811. Tuvieron por hijos a Rafaela (12-XI-1813), Vicenta (hacia 1815), al futuro poeta, a RAMÓN (24 ó 25-IX-1817) y a Leandro (1819 ó 1820) (3).



La Casa de Campoamor en Piñera (Navia)

El 13 de enero de 1821 fallecía el jefe de la familia, el padre de Campoamor, y todos los biógrafos se muestran acordes en aceptar que a partir de entonces los Campoamor pasaron a vivir a una cuadrada casona hidalga, con trazas de pequeño pazo rural, en PIÑERA, aproximadamente a medio camino entre Luarca y Navia.

LA CASONA DE LA INFANCIA DE CAMPOAMOR EN PIÑERA.- RECUERDOS DE CUANDO LA VISITÉ EN LOS AÑOS SESENTA

La casona de la infancia del poeta en Piñera es —para mi gusto— una preciosidad. Nunca mejor empleada la palabra casa «solariega», porque tiene una estupenda «solana», y es, con labriega robustez, elegantemente cuadrada. Para que fuese la perfección, tendría que estar en un sitio ligeramente más alto, rehuendo la sospecha de algo húmeda. Está situada a muy pocos kilómetros de Navia, en el lado derecho de la carretera que lleva de Luarca a aquella villa, a unos quince metros de la cuneta. Al paso se la contempla, entre maizales, ligeramente ladeada. El poeta, ya adulto (y no sé si adúltero) la llegó a denominar, con fantasía de poeta, «palacio». Lo es, a escala rural. Tiene estructura de «pazo» de aldea. Amplia solana y ancho huerto al fondo, con pozo y árboles frutales.

Sabedor yo de que era la casa en que se había criado CAMPOAMOR niño, en ocasión en que iba en turismo, con familiares, y sin prisa (hará de ello veinte y pocos años), nos detuvimos, solicitando de sus dueños permiso para recorrerla. Fuimos inmediatamente complacidos. Era ámbito prometededor de virgiliana paz: frutas sazonadas en estío, y en el invierno, al amor de la lumbre, campesinas consejas estimuladoras de la fantasía. Los resplandores de las llamas en los muros suponen buen aprendizaje fantasmagórico.

Disfruté recorriendo tan apetitosa mansión, imaginándome al rechonchuelo niño Campoamor, en la cocina, en el huerto, chapoteando palitroques (que es denominador común infantil) en los regatos de la un poco sombría huerta, a espaldas de la casa. Tuve mucho interés en ver si había habitaciones que conservasen el «pisado» antiguo. Y las había, de crujiente y alabeada madera de castaño. Sí, por allí habían «ritmado» los pies (métricos) del futuro versificador. Y recuerdo un largo banco, de nocturna reunión de aldea, creo que en la cocina, con nombres e iniciales grabados a punta de navaja. ¿Acaso por el poeta, cuando ya era adolescente...? ¿Iniciales correspondientes a algunas de aquellas niñas «que amó tanto», y que en cuanto pasaron a ser madres ya le interesaron mucho menos...?

Paseé por el huerto, y localizando algunos árboles añosos —entre ellos un naranjo—, puse en ellos mis manos. Pudiera haberlos tocado el poeta de niño y cuando, en 1847, estuvo en Piñera (casi seguro) por última vez. Aquellos árboles crecieron, engrosaron, renovaron muchas veces sus cortezas, pero son los mismos árboles, como en un anciano tocamos al niño que fue. (Quede entre paréntesis, la muy decisiva etapa de Campoamor, escolar de amor y de latín en VEGA: 1827 a 1832).

CAMPOAMOR, ESCOLAR EN SANTIAGO DE COMPOSTELA (¿Octubre o noviembre, 1832, a junio, 1834...?).-¿ESTUDIARÍA, PARA CURA, EN EL SEMINARIO, Y NO PARA JURISTA EN LA UNIVERSIDAD...?-LO INDISCUTIBLE DE SU PRESENCIA EN LA CIUDAD DE GELMÍREZ.-LA HUELLA DE SU ESTANCIA EN SANTIAGO, EN UNA PÁGINA DE SU LIBRO «EL IDEÍSMO» (1883)

Uno de los episodios que queda menos claro en las biografías del poeta (estoy por asegurar que en todas las tradicionales) es lo de sus estudios en la Universidad de Santiago de Compostela, en el período 1832 a 1834, aproximadamente. En relación con este punto resulta muy extraño que al publicar doña Emilia Pardo Bazán, por vez primera, en 1893, su «CAMPOAMOR.-Estudio biográfico», no diga ni una palabra acerca del paso del naviego por una ciudad tan querida y frecuentada por la ilustre escritora, si bien a partir de unos 35 años después de haber vivido en ella el naviego. ¿Es que éste, que conversó muchas veces con la coruñesa, nunca le hizo comentarios sobre sus años estudiantiles en Santiago de Galicia? En relación con el mismo tema, Marciano Zurita advierte en su «CAMPOAMOR» (hacia 1924) que de la Secretaría General de aquel centro docente le informaron no existía expediente del poeta. Treinta años después yo pude comprobar, «in situ», la verdad de tal informe. Y, sin embargo, lo que no ofrece duda es que don Ramón *fue estudiante en Compostela*. En su libro «El ideísmo» (1883, página 77), refiriéndose a conversaciones sostenidas con Balme en el estudio de Madrazo (este pintor retrataba por entonces a ambos) informa:

«Yo tenía una indigestión escolástica, que ALGUNOS AÑOS ANTES ME HABÍA PROPORCIONADO en *Santiago de Galicia* un clérigo que se había propuesto enseñarme la filosofía de Santo Tomás... Si fuera hoy (1883), que ya *cuasi* sé tanta filosofía como el cura que me enseñaba en SANTIAGO...»

Y pues Campoamor estudió en Santiago, se me ocurre a mí pensar si sus estudios habrán sido hechos, no en la Universidad Literaria y Jurídica, sino en el Seminario Conciliar... A la Secretaría de este Centro me he dirigido, por si es en sus Archivos donde se guarda la huella documental de la estancia del naviego en la arcaica ciudad de Gelmírez... No sería difícil que Campoamor hubiera sido seminarista, estudiante de cura, en Compostela. Ello vendría a explicarnos ciertos rasgos de su carácter y equivaldría a una especie de «antesala» de los conceptos que acerca de la Religión aprendió luego con padres dominicos y jesuitas en Madrid. Y sería también en Santiago (tengo razones ambientales-literarias para suponerlo) donde se aficionaría a Calderón, sin excluir que ya hubiera leído en Navia el drama tónico de Don Pedro: «La vida es sueño».

Respecto a las circunstancias que rodearon el viaje a Santiago y a la estancia en tan bella ciudad de aquel CAMPOAMOR que acaba de cumplir 15 años, difícilmente podrán ser iluminadas si viejos papeles, y cartas familiares, que hayan resistido al vendaval de la incuria, no vienen en nuestro auxilio. Sólo cabe recordar que desde el 6 de octubre de 1832 la esposa de Fernando VII, María Cristina, por enfermedad de aquél, se hizo

cargo del despacho de los Negocios Públicos, en cierto modo del mando de la Nación. Ella era muchísimo más liberal que él (campeonato, por otra parte, facilísimo de ganar, en competencia con aquel indeseable, el Rey, al que un pueblo ignorante y fanático llamaba «el Deseado»). Aquí cabría decir «hay gustos que merecen palos». Mas lo paradójico es que los palos iban a recaer precisamente sobre los que no sentían el masoquismo —la auto-abyección— de entusiasmarse por «el monstruo». Y —¡ojó!— que era responsable porque era listo. Caso muy diferente el calzonazos de su padre.

Pues bien, en setiembre de 1832 las Universidades del Reino («lejos de mí la funesta manía de pensar»), estaban cerradas. Precisamente una de las primerísimas medidas de la Reina Gobernadora fue que, mientras convalecía su esposo, ella devolvía la salud y la misión a aquellas Instituciones de Educación cultural superior, ordenando su reapertura, por Decreto del día 7 de octubre de 1832. Y como al reabrirse centros relativamente complejos, siempre se tarda unos días en engrasar la oxidada máquina (sólo venía funcionando para rendir exámenes, pero no para impartir lecciones), es prudente suponer que no se iniciaron las clases hasta bien avanzado octubre. Claro que el problema es muy otro si resulta que en donde siguió estudios el naviego fue en el SEMINARIO, y no en la Universidad.

Se dice que fueron dos los cursos que CAMPOAMOR permaneció en Santiago. Aceptándolo de momento, provisionalmente, nos encontramos que a punto de tener que abrirse el curso 1833 a 1834, todo el País se encontraba en vísperas de un transcendental suceso: a las tres menos cuarto de la tarde del 29 de setiembre de 1833 expiraba en Madrid el Rey Fernando VII: ¿En dónde estaba CAMPOAMOR cuando se produjo tan sonado e higiénico acontecimiento nacional...? ¡Vayan ustedes a saber! A lo mejor no estaba ni en Piñera, ni en Navia, ni en Santiago. Es posible que se encontrase, de paso..., ien Mondoñedo! Es muy arriesgada conjetura, pero en investigación el que quiera peces que se moje el pompis, y que se esponga a que otros del oficio le rebatan, y hasta le pongan, de «chapucero» como chupa de domine. Sin embargo, yo funciono bastante menos a lo loco de lo que parece. Lo cierto es que si el Curso 1833 a 1834 iba a abrirse normalmente (creo que ya para entonces la fecha «ortodoxa» era el 1.º de Octubre, siempre que no cayese en domingo, o en fiesta de guardar) y si tenemos en cuenta que en ir de Navia a Santiago se tardarían unos cinco días, nada de particular tendría que CAMPOAMOR hubiera partido de Navia el 26 o el 27 de setiembre, y que la fecha de la muerte del Rey (29 de setiembre) le cogiese de viaje, en camino: o en Mondoñedo (en donde el CAMPOAMOR DE 1846 da a entender ha estado tiempos atrás), o en Lugo, o en Arzúa. En todo caso, haciendo «el camino de Santiago...», pero en diligencia.

Nada sabemos acerca de dónde se hospedaba Campoamor en Santiago. ¿En una pensión de estudiantes?, ¿en casa de algún asturiano radicado en Compostela y conocido de la madre del aprendiz de poeta? ¿Estuvo interno en el Seminario...? ¡Qué rabia tener que recurrir a peligrosas suposiciones!

De 1834 a 1840 corre la etapa de la azarosa juventud madrileña de Campoamor en Madrid. Amoroso, satírico y hasta agresivo es un don Ramón muy distinto al de aspecto burgués y senatorial.

SU PRIMER LIBRO DE VERSOS: «POESÍAS (1840)»

Redactados tengo los comentarios a todas las composiciones del primer libro de «POESÍAS» (1840) de CAMPOAMOR. Los reservo para otro trabajo que abarcará desde aquel año, hasta que en 1849 da comienzo la vida de casado de DON RAMÓN. Ahora hago dos excepciones: una sugerida por mi vieja y entrañable simpatía por la modesta y sosegada villa natal del poeta (glosaré el poema «Al río Navia») y otra en atención a que nos encontramos en el año del Centenario de la muerte de ROSALÍA DE CASTRO, sobre la cual entiendo pudo haber influido algo un poema del navegante, «Su imagen», que me permito valorar como un punto y aparte dentro del general tono campoamorino. Es el poema breve más vertebrado y trascendente del don Ramón previo a las «Doloras». En él el desigual y discutido poeta de Navia se muestra impresionante y metafísico.

EL POEMA «AL RÍO NAVIA»

Es la 16 composición, situada, como en sitio de honor, en el centro del libro. Se trata de una ofrenda a su villa natal. El poeta se resella (aunque a distancia, pues lleva seis años ausente en Madrid) COMO NAVIEGO. «AL RÍO NAVIA» fluye en tres tiempos, con métricos recambios. El 1.º, dos serventesios endecasílabos; el 2.º, once octavillas hexasílabas, y el 3.º, siete quintillas.

El solemne comienzo, en versos de arte mayor, se lo saben de memoria un puñado de navegos cultos. Es una petición del poeta al río de su infancia:

«Déjame ver, ¡OH FUGITIVO ESPEJO!
pintada en tu cristal LA PATRIA MÍA;
déjame ver a TU FALAZ REFLEJO (4)
EL SITIO DO MI CUNA SE MECÍA.

Y ahora una insinuación de promesa que no había de cumplir: que la mar —que es el morir—, suya, fuese el Cantábrico:

«TÚ EL PRIMER CANTO DE MI AMOR OÍSTE;
al nacer, TU SALUDO FUE EL PRIMERO;
tú mi primer vagido recogiste;
RECOGERÁS TAMBIÉN EL ¡AY! POSTRERO.

Prometido esto entre 1836 y 1839, y publicado en 1840, el hecho de que en 1847 se le destine a Castellón, como Gobernador, y que en 1849 se case, en Alicante, con una oriunda de Irlanda, promueve un desvío del cauce del Navia en la topografía interior del poeta. El Navia, río natal, se trasvasa al Turia. Los sucesivos veranos en el Levante le van erosionando a Don Ramón, por dentro, la querencia norteña. No se lo tomen a mal los navegos. Puede mucho el cariño sponsalicio de una mujer. Humanísima justificación del distanciamiento campoamorino respecto al Noroeste.

Semi-desamor que le conduce a proclamar (aunque medio en broma, en 1855, en el «Epílogo...» a «El Personalismo»):

«Si algún día, como no es imposible, por zaherir, como *Sócrates*, A LA DEMOCRACIA..., me veo obligado a apurar la cicuta, apuraré, impasible la pócima decretada. Entonces MI CUERPO SE ELEVÁRA A LA CATEGORÍA DE RELIQUIA, y, en el CASO FORTUITO de esta deificación futura, LEGO MIS MORTALES, Y ENTONCES INMORTALES, RESTOS A LA CIUDAD DE Valencia. En agradecimiento a su cariño (5) LA CONSAGRO EN MUERTE MI CUERPO, ASÍ COMO EN VIDA, MI ALMA.»

Y a la postre ni le enterraron en el Levante adoptivo, ni en el Principado natal, sino en el Madrid capitalino y absorbente. Pero estoy por creer que Navia debe de ir pensando en gestionar que sus restos vuelvan a donde solían: a su punto de origen, con cadáver de Guillermina y todo. Para ese óseo regreso (que yo no podré ver) la fecha más «aparente» y real sería esta: 12 de febrero de 2001. Delego mi sentimental póstuma representación en los sobrinos, y sobrinos y sobrinas nietos que ese día estén dispuestos a visitar Navia. La cosa está tan relativamente cerca —la sólo 16 años vista!—, que ya pueden iniciarse los preparativos. Y es obvio que en ocasión tal, en el Casino y en el Teatro naviegos debe celebrarse un Simposio campoamorino internacional. De hoy para entonces —auguro— la sombra de don Ramón tendrá aún más estatura, muy sobrepasadora de la de su estatua. Y regresemos al segundo tiempo de su poema «AL RÍO NAVIA»:

«TU IMAGEN FLORIDA
PISÉ SIENDO NIÑO,
y al ver tanto aliño (6)
en torno de ti,
ENSUEÑOS HERMOSOS
FORJABA LA MENTE
CREYENDO INOCENTE
QUE EL MUNDO ERA ASÍ
Vi ALEGRE EN TUS AGUAS
LA VIDA PINTADA;
de flores cercada
la vida soñé;

inventándose quizás luego (para que quedase más romántico) cosecha de abrojos sin flores, a lo desolado Espronceda:

«Bullendo sonoro
MECIÓ TU MURMULLO
CON PLÁCIDO ARRULLO
MI EDAD INFANTIL;
y yo, pobre niño,
PENSE, *Navia*, QUE ERA
PENSIL TU RIBERA,
TUS AGUAS PENSIL (7).

Mas ¡ay! que las flores
que tú retratabas
Y AL PRADO ENCELABAS,
florido rival,
ansioso mi anhelo
QUERÍA GOZARLAS;
PERO IBA A TOCARLAS,
Y HALLABA CRISTAL (8).

Y pasa a transfundir a su Villa su propio desencanto, invitándola a llorar juntos:

«Si fueron tus flores
MENTIDAS visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡AY *Navia!* LLOREMOS
ENGAÑOS QUE VIMOS;
pues locos mentimos,
MENTIMOS LOS DOS.

Seguidamente una estrofa que suena bien (y no sé porqué hay muchos críticos de CAMPOAMOR que se empecinan en decir que construía con muchos descuidos formales), pero que en mi sentir evidencia –vosotros juzgaréis– que el poeta se ha olvidado del limitado cromatismo de la paleta comarcal naviega. Los versos que vais a oír, y que tienen un poquillo de palabrería, sólo pueden tenerse por paisajística y lumínicamente naviegos (como de mi pueblo, Ribadeo) aplicados a agosto, y en un día de mar turbulento, empenachado de blanca espuma:

«Inquieto en tus aguas
el viento remueve
MONTAÑAS DE NIEVE
EN PLAYAS DE AZUL,
BRILLANDO en sus cumbres
ZAFIR Y ESMERALDA,
su líquida falda
bordada de TUL.

Ciertamente, es más sobria, menos rica en colores y matices, la realidad cromática naviega. ¡Todavía en un verano equivocado de aires que se soliviantasen al modo invernal...!

En cambio late con añoranza cierta la alusión nebulosa que imprime veracidad a la estrofa que sigue:

«Entre ALGAS Y ARENAS
serpeas errante,
cual mole ondeante
de inmenso reptil,
sirviéndote fácil
DE ALIENTO LA BRUMA,
DE ESCAMAS LA ESPUMA
QUE FLOTA GENTIL.

CIEN VECES MI PATRIA
MIRÉ, A TU REFLEJO,
MAGNÍFICO ESPEJO
DE LIMPIO CRISTAL (9),

y, a lo CAMPOAMOR, la mente, ilusa, la juzgaba igual que la soñaba el reflejo. También concuerda con la realidad retratada, la alusión al ancho espacio en que el río se demora antes de acercarse a las mismas orillas del pueblo y casi lamer los cimientos de su caserío y «pasar» (premonitoriamente) por bajo el puente que más tarde se construiría:

«Robusto en el valle
TENDIÉNDOTE MANSO,
CON BLANDO DESCANSO
TE HUELGAS EN ÉL;

pero, insisto, pertenecen a la jardinería y a la joyería particulares del Poeta (o las cosas han cambiado mucho, desde que en 1834 CAMPOAMOR abandonó Navia, a este 1985 en que comentamos el poema) las diademas con que ahora lo adorna:

trocando tus perlas
por sus esmeraldas,
CIÑENDO GUIRNALDAS
DE ROSA Y CLAVEL.

Y en seguida la muletilla «tal vez», que cuando responde a un fondo dubitativo es aceptable, y hasta puede remitir a lo profundo, pero que en la facilidad versificadora de los románticos, siempre resolutivos, con prisa, suena a sílabas de relleno:

«Si ansiosa mi vista
de sombras y tules,
tus ondas azules
TAL VEZ consultó.

Y ahora un reflejo general, de todo, y todos, incluido poeta, en el río, que aunque no logre la finura que CAMPOAMOR alcanza en zonas de sus Silvas a la luz, como planteamiento de refracción e imagen no resulta mal:

bullir en el fondo
veía TU HIELO (10)
LA VEGA Y EL CIELO,
LAS FLORES Y YO.

Y con ligerísimos cambios de matiz en los dos primeros versos repite, a modo de estribillo, la convocatoria a las lágrimas de la estrofa séptima.

En este momento el fluir de la inspiración del poeta cambia de cauce estrófico. Se inicia la serie de las siete quintillas. Ya en las entrañas ético-escépticas de CAMPOAMOR están empezando a montarse, y a funcionar, los resortes didácticos actuantes en casi todas sus doloras. Sospechamos que por la retentiva lectora del naviego han empezado a fluir, de pronto, como elegante ascético recuerdo, los versos de MANRIQUE:

«Nuestras vidas son los ríos/que van a dar a la mar/que es el morir...». Pero él por el momento, y «por si las moscas», más se fija en la muerte cercana del Navia, que en la suya de poeta veinteañero, disfrutador de buena salud. Sólo se implica, y como quien no quiere la cosa –lo veréis– en las quintillas últimas, pero de forma semi-tácita. Por el momento a quien le va a amargar el desemboque, con el «morir habemus», es al Navia:

«Río, que invades copioso
del hondo valle la anchura,
REFRENA EL CURSO ABUNDOSO;
QUE TRAS DE ESTE VALLE UMBROSO
TE AGUARDA LA SEPULTURA.
CESE TU VANA JACTANCIA,
CESA DE IR TAN VANO, CESA (11);
porque EN TU LOCA ARROGANCIA (12)
VAS MIDIENDO LA DISTANCIA
QUE HAY DE LA CUNA A LA HUESA.

Y el trance grave: la solemne alusión a la sepultura que le espera: las fauces del Cantábrico, nuestro mar. No deja de sugerir pompa de grandes exequias cuando metafORIZA los esponsales del Navia con el gris mar mugidor:

«En esa orilla inmediata,
ante ESE MAR INMORTAL,
tu mole allí se desata,
Y HUNDES LA FRENTE DE PLATA
EN SU SENO DE CRISTAL.»

¿Es definitiva la ascensión del río? No. Seguirá fluyendo en cósmica espiral infinita. El mar se evapora en sutil húmedo «humo»; este asciende a lo alto, y en forma de lluvia baja a los árboles y de éstos chorrea de nuevo –viejísima lluvia– al cauce del río. Con el embeberse del Navia en el mar, algo siente el poeta en su hidrografía interior. Como si en vez de circular por sus venas sangre, navegasen las linfas del Navia y la concorde savia de los árboles de sus orillas. El cantor se empasta, panteísticamente, con la Naturaleza. Clama, tras haberse producido el holocausto del río en el Cantábrico:

«Y, entonces, ADIÓS MIS SUEÑOS,
adiós tus flores mentidas;
pues tú entre giros risueños
y yo entre gratos ensueños
ACABAMOS NUESTRAS VIDAS.

Siguen fluyendo juntos, unidos en la misma suerte, río y poeta:

Y si ambos fuimos en pos
de sueños, TENIENDO EN POCO
EL MUNDO REAL, vive Dios (13),
QUE IGNORO CUAL DE LOS DOS
HA SIDO, Navia, MÁS LOCO.

La antepenúltima estrofa es de meditación. El poeta se recluye en sí:

«Que a la luz de la pasión
los sentidos se embelesan;
pero AL LLEGAR LA RAZÓN
PLOMO LOS PARPADOS SON
QUE SOBRE LOS OJOS PESAN.

Y la quintilla remate, repesca la segunda, con introducción de matices diferenciales en primero y segundo verso. Con el gran relieve expresivo-sentimental de que abre los ojos, para cerrarlos, en despedida al río de su infancia:

«ADIOS, *Navia*; EN TU jactancia
cesa de ir tan vano, cesa;
NO OLVIDES QUE en tu arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna a la huesa.»

Es ahora, en 1840, cuando CAMPOAMOR SE despide en verso del *Navia*. Sólo transcurrirán dos años, y en 1842, en «Ayes del alma», volverá a ligar hidrográficamente con lo suyo, y los suyos, en el poema «A orillas del Nalón». Cinco años después -1847- pasará agosto en el pueblín. Va a ser a partir de entonces cuando en ocasiones se sucedan lustros sin que queden indicios, rastros (pero los habrá) de que continúa siendo leal a la memoria del origen.

EL DO DE PECHO METAFÍSICO DEL CAMPOAMOR 1836-1840: «SU IMAGEN»

«Su imagen» me parece, en más de un aspecto, el mejor poema del libro. Doce serventesios endecasílabos merecedores de estudio. Vienen oscuros, aunque de forma clara, de PASTOR DÍAZ y tal vez de Espronceda, y avanzan hacia dos poetisas: una casi estricta contemporánea de CAMPOAMOR, sólo tres años más joven: CAROLINA CORONADO (los nexos con ella pudieran proceder de manantial común) y otra la gran figura de la *Lírica del siglo XIX*, ROSALÍA DE CASTRO, veinte años más joven que el naviego. Este es, además, previo eslabón en el profundo tema del clavo, o el dolor visto como compañía inseparable. Ulteriormente, ya en apariencia erradicado, se trastueca en razón y sentimiento de nostalgia, en mal menor.

En sus inicios «Su imagen» no da la «imagen» de su conjunto, de su totalidad, que dijérase presiente prácticas espiritistas y rasgos del simbolismo:

«Errante sol de aromas circundado,
tu ardiente lumbre tenue debilita;
que YA MI CORAZÓN, DE ARDER CANSADO,
NEGRO sus alas MORIBUNDO agita (14).

GRUPO DE LUZ QUE EXTRAVIÓ LA LUNA (15),
 ÁNGEL PERDIDO que bajó del cielo,
 visión deslumbradora, que importuna
 MI SIEN CIRCUNDA EN CAPRICHO VUELO,
 ¡GIRAR Y MAS GIRAR!... Lentas sus alas
 lumbroso tiende EN BLANDO MOVIMIENTO (16)
 ¿ERES EL ALMA QUE DE MÍ TE EXHALAS? (17)
 ¿O ERES TAL VEZ MI MISMO PENSAMIENTO? (18)

La cuarta estrofa se crece, con impresionante verso segundo, y dos últimos que ya pudieran ser de los modernistas Julián del Casal o Gutiérrez Nájera:

«FANTASMA DE LA MENTE, llega, llega,
 DESPRENDIDA MITAD DEL ALMA MÍA,
 aunque TU IMAGEN ME DESLUMBRA Y CIEGA,
 BLANCA DE NOCHE, Y NEGRA POR EL DÍA.»

Luego afloja tensión y originalidad léxica y misteriosa, pero se mantiene en vilo de expectación identificante:

«SE MECE ANTE MIS OJOS desplegada
 como la espuma cándida de un río,
 TAL VEZ por LOS SUSPIROS agitada
 QUE SALEN HONDOS ¡ay! DEL PECHO MÍO.
 SU VIRGEN LUZ PERDIDA, en el ambiente
 reverbera purísima y serena,
 y en las límpidas aguas del torrente,
 CUANDO ACARICIAN LA TOSTADA ARENA.

En este momento la composición se halla en su exacta mitad. El lector experimenta la impresión de que el poema ya no puede ir a más, y que queda en el aire una incógnita: ¿a quién se refiere...?, ¿a qué mito alude?, ¿qué deidad describe...?

Aunque con la andadura amable de las dos estrofas precedentes, la voz mantiene sus niveles, con reminiscencias de Rioja:

«SOBRE MI FRENTE GIRA LUMINOSA,
 luciente envidia de la nieve y grana,
 COPIA FELIZ DE LA ENCENDIDA ROSA,
 LISONJA DEL ALBOR DE LA MAÑANA.

Y es ahora, a partir de la séptima estrofa, cuando lo pre-rosaliano empieza a insinuarse, aunque por el momento sólo pálidamente. La imagen-obsesión inicia su cuajo. Al final del poema se adensará:

«EN DONDEQUIERA engendra el alma mía
 su imagen pura, rutilante y bella,
 ANTE EL DISCO DEL SOL AL MEDIODÍA,
 POR LA NOCHE EN LA FAZ DE CADA ESTRELLA.

Se debilita un poco la tónica en la estrofa que sigue, pero en el verso último repone su expresiva originalidad problemática y perpleja, como desdoblada en reflejos y luces:

«Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
hidrópica mi vista, FASCINADA,
de los astros la inmensa muchedumbre,
PARA VERLA SIN FIN MULTIPLICADA.

La tesitura no hace más que sostenerse, sin resolver la incógnita del ente dimanante, ni romper el «hilo umbilical» que une al estado de ánimo con lo general cósmico, con el marco paisajístico, donde se dejan oír las músicas naturales.

«Me revela FANTÁSTICA SU RISA
oscilando EL ARROYO cristalino
y su acento EL MURMULLO DE LA BRISA,
y también EL ZUMBAR DEL TORBELLINO.

Y de súbito, la final escalada, las dos estrofas últimas, que dan derecho a colocar a CAMPOAMOR entre los precursores de la potente, tierna y sufridora ROSALÍA: la de «Follas Novas» y «En las orillas del Sar». Con pequeñas enmiendas de matiz, de ella hubieran podido ser estas estrofas que vais a escuchar. Aceptad por un momento la ficción de que están dirigidas a una obsesionante «NEGRA SOMBRA»:

«LA VEO EN TODAS PARTES seductora,
llevada de mi ardiente fantasía,
EN CADA RAYO AL DESPUNTAR LA AURORA,
EN CADA SOMBRA AL CADUCAR EL DÍA.

Y DESPIERTA la miro embebecida,
animada ILUSIÓN DE MI DESEO;
y SI CIERRO LOS OJOS, ADORMIDA...
YO NO SE DÓNDE ESTÁ, PERO LA VEO»

¡Perdón...! el instinto de la adecuación me ha conducido a cambiarle el sexo a las terminaciones de los versos primero y tercero. CAMPOAMOR, varón, escribe en su poema «despierto», «embebecido», «adormido». En clave rosaliana tendría que ser «despierta», «embebecida», «adormida». Y es claro que no tienen la misma densidad, peso, misión, calibre de conciencia la «sombra» campoamorina y la rosaliana. En caso de que en CAMPOAMOR sea también ontológica sombra. El navegante la ve con buenos ojos, como una perspectiva ilusionada del deseo. Para ROSALÍA es pesadilla, torcedor, cilicio angustioso, del que no sabe cómo liberarse. Y ¡cuán rosaliano ese último «Yo no sé dónde está»! Se lo debieron anticipar a don Ramón las desnudas y tristes aguas del Sar, cuando entre 1832 y 1834 paseó por sus márgenes, cuando es posible ya anduviesen en muy humanas maniobras la madre de Rosalía y el clérigo que la sedujo, o fue por ella seducido. Y cuando este poema que glosamos se publica en Madrid, ya lleva la poetisa padronesa tres años de llanto en el mundo.

Y ahora vamos a añadir a este trabajo un «apéndice» campoamorino-clariniano, en la línea de conmemoraciones del Centenario —ahora, en 1985— de la publicación de «LA REGENTA».

CAMPOAMOR - «CLARÍN» Y «LA REGENTA»

CAMPOAMOR Y EL PADRE DE «CLARÍN», DON GENARO, COMPAÑEROS GOBERNADORES.—EL NIÑO LEOPOLDO ALAS PUDO CONOCER, LLEVADO DE LA MANO DE SU PADRE, A DON RAMÓN, ALLÁ POR LOS AÑOS SESENTA.—A LO MÁS TARDAR LE HABLO EN EL MADRID DE 1871.

CAMPOAMOR desempeñó Gobiernos Civiles (los de las tres provincias levantinas) entre 1847 y 1854, era asturiano, e influyente en los altos ambientes oficiales y administrativos madrileños. D. GENARO ALAS dio comienzo a su «carrera» de Gobernador itinerante, a través de no menos seis provincias españolas, en 1851, en que fue nombrado Jefe Político de Zamora. En esta población, su esposa y él «nacieron» a su hijo Leopoldo, el futuro «Clarín», y entusiasta de CAMPOAMOR, el 25 de abril de 1852. Cuando se produce la Revolución de julio de 1854 el destino de don Genaro es el Gobierno de Bilbao, del que con buen tacto (en atención a su posición política) dimite. Entre julio de 1854 y julio de 1858 los García-Alas, separado eventualmente don Genaro de la Política, viven casi seguro en Oviedo, siendo en esta etapa cuando el niño Leopoldo adquiere, entre los cinco y seis años de edad, la primera conciencia de ser vecino de «Vetusta».

De julio de 1858 a febrero de 1863 DON GENARO GARCÍA-ALAS es Gobernador Civil de León, ciudad ésta en donde su hijo Leopoldo hará sus primeros pinitos literarios, incluso icomo dramaturgo de temas históricos! Con motivo de su cargo, don Genaro va con alguna frecuencia a Madrid en donde CAMPOAMOR (ya famoso como poeta desde años atrás) es parlamentario, polemista y funcionario en la Administración del Estado, y en 1862 académico de la Española. ¿Llevó consigo alguna vez a Madrid don Genaro a su niñito Leopoldo...? No es probable. El llevaría a Madrid los «asuntos» del Gobierno Civil, y su esposa e hijos permanecerían en León. Pero lo que sí es seguro, es que el espabilado futuro «Clarín» oía en su casa comentar a sus padres los triunfos del asturiano de Navia, al que acudiría a veces (por eso de la «masonería del paisanaje») don Genaro.

Tras haber regido el Gobierno Civil de León, en febrero de 1863 (cito de memoria y he escrito sobre ello puntualizadamente) pasa don Genaro a mandar en PONTEVEDRA, y en 1864-1865 (otra vez acudo a la insegura retentiva) rige el Gobierno Civil de GUADALAJARA, llevando con él a su familia. Naturalmente pasan por Madrid, y hasta es lógico suponer que se detengan unos días en la Capital, para que don Genaro despache con sus superiores. Es entonces cuando un Leopoldo Alas, de doce a trece años, pudo haber visto, por primera vez, yendo con su padre, al rubio, ya más que entrecano, y un ligeramente orondo DON RAMÓN DE CAMPOAMOR. Al servir luego el incesante don Genaro los Gobiernos Civiles de Toledo, tan próximo a Madrid, y acaso de Teruel, se volvieron a dar, en 1865 y



Apunte psicológico de "CLARIN", por Dionisio Fierros (en Oviedo, hacia 1886)
(propiedad de J. Cueto Alonso)

1866, las oportunidades de encuentro, en un Madrid aun «provinciano», de don Genaro Alas, en hipotética compañía de su hijo Leopoldo, con el ilustre paisano DON RAMÓN DE CAMPOAMOR. Claro que de haberse producido tal encuentro, sería natural que alguna vez el «Clarín» ya adulto y crítico lo recordase, aludiese a ello. Y de ello no tengo noticia.

A finales de 1866, o comienzos de 1867, el ya «jubilado» como Gobernador Civil don Genaro, se asienta con los suyos en Oviedo. Y como CAMPOAMOR no cultiva el saludable hábito de ir de cuando en cuando por la tierrina, y los Alas no se mueven de al pie del Naranco, entre 1867 y 1871, en que Leopoldo marcha a Madrid, las noticias que tienen de CAMPOAMOR son las que con mucha frecuencia traen los periódicos de la Villa y Corte, algunas de las cuales reproducen revistas y periódicos del Principado. Y huelga decir que el Alas estudiante en la Universidad de Oviedo ya conocería por entonces muchas de las Dolores del famoso poeta de Navia.

Adscrito universitariamente Leopoldo Alas como alumno del Doctorado de Derecho y de la Facultad de Letras, a la Universidad Central, a partir de octubre de 1871, entonces sí no pasa mucho tiempo sin que establezca contacto con don Ramón de Campoamor. Cartas hay de estos años setenta, en las que Leopoldo informa a sus amigos de que tiene una cita con el ilustre poeta, y hasta yo me atrevo a sospechar si no habría llevado Alas alguna presentación por escrito de su padre don Genaro, al objeto de que Campoamor le atendiese y lo ambientase en la Villa y Corte.

Lo demás puede resumirse así: desde sus primeras colaboraciones en «El Solfeo» (finales de 1875) Leopoldo Alas, ya «Clarín», severo y exigente (a veces hasta la injusticia) con muchos, se muestra elogiosamente volcado con un poeta: CAMPOAMOR; un dramaturgo: Echegaray, y un novelista: Pérez Galdós... «Clarín» y Campoamor conversan a menudo en el Ateneo, y en 1881 el crítico asturiano viene a sostener la discutible tesis (en todo caso muy menesterosa de matizaciones) de que CAMPOAMOR con su «Pequeño poema» (que no era pequeño, ni era líricamente poemático), «Los buenos y los sabios», es algo así como una especie de caja de resonancia de la tendencia estética llamada Naturalismo en la novela más en punta de aquel tiempo.

En 1882 don Leopoldo es nombrado Catedrático de la Universidad de Zaragoza y se casa, y en julio de 1883 realiza su sueño, más verde y gris que dorado, de pasar a vivir en Asturias, concretamente en Oviedo, que en su conciencia observadora viene transmutándose, desde los años setenta (sino de los sesenta) en «Vetusta». Pero este rebautizamiento lo mantiene «in pectore» «Clarín» durante mucho tiempo. En 1883 deja que se asome, en cartas privadas, a algunos amigos y amigas, y en 1884 ya toma cuerpo periodístico lo que antes sólo era rumor de comadreo: el crítico «Clarín», ya creador en deliciosos cuentos y novelas cortas, se atreve a desafiar los ojos, los paladares, los oídos y las conciencias, de sus bien zurrados «compañeros» de Letras. Va a publicar una novela, y larga, y en dos tomos.

Mientras tanto, el padre de «Clarín», don Genaro García-Alas, se encuentra enfermo de mucho cuidado. A la vista de ello, se nos ocurre preguntar: ¿Conoce don Genaro, en ideas políticas y religiosas bastante más moderado que su hijo, la existencia de la novela, de la que en octubre de

1884 ya había corregido «Clarín» la casi totalidad de las pruebas...? ¿Tiene noticia de su argumento y desarrollo...? Si es así, ¿qué juicio le merece la novela y qué piensa acerca de las conflictividades que puedan plantearse al hijo en los medios eclesiásticos y en las altas capas sociales de Oviedo? Nada sé acerca de ello, y no tengo por qué ocultar que cuando conocí a dos de los hijos de «Clarín»: a don Adolfo en Avilés, y a doña Elisa en Madrid, si es cierto que me pasó por la mente la idea de averiguar de ellos algo de lo antedicho, pronto me percaté de que no sería discreto ni delicado por mi parte plantearlo. Ni por mi edad, ni por lo reciente de nuestras nacientes relaciones amistosas (sobre todo en el caso de don Adolfo) debía de hacerlo, máxime cuando me iba a resultar imposible encontrar el debido y hábil método de pesquisición. Además, don Adolfo ya estaba muy quebrantado de salud, casi átono, con pálida voz vencida, cuando yo le visité. Y en cuanto a doña Elisa, resultaría insultante, dado su carácter delicado y encantador, irle con tal índole de impertinentes curiosidades. En todo caso, los humanos somos animales malsanamente curiosos, pero yo, al menos, no añado el plus de miseria de ser también hipócrita. Por eso declaro que dada la inmediatez de la muerte del padre de «Clarín» con respecto a la aparición de la novela, no dejaría de gustarme saber –insisto– qué pensaba don Genaro del paso que iba a dar su hijo en una ciudad de las características de Oviedo, que debían de ser equivalentes (creo que en ningún caso más negativas) que las que «adornaban» por aquel tiempo a la muy vetusta Compostela.

EN SÓLO DOS MESES, DOS CARTAS DE CAMPOAMOR A «CLARÍN» DE MUY DIFERENTE SIGNO: DE PÉSAME (2-XII-84), POR LA MUERTE DE SU PADRE DON GENARO, Y DE ELOGIOS (4-II-85) ANTE EL PRIMER TOMO DE «LA REGENTA».

El 24 de noviembre de 1884 (cuando es lógico imaginar a «Clarín» esperando noticias de cómo marchaba en Barcelona la impresión del primer tomo de «LA REGENTA») se produce la muerte de DON GENARO GARCÍA-ALAS Y SUÁREZ DE LA VEGA, Caballero de la Real Orden Militar y Religiosa de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, Secretario Honorario de S.M., ex Gobernador Civil de seis o siete provincias españolas. Había nacido en la feligresía de Guimarán, concejo de Carreño, en medio de un eglógico paisaje, que habría de ser literariamente inmortalizado por su hijo, don Leopoldo, en la bellísima novela corta «Doña Berta», y en otras páginas.

Ante este acontecimiento «Clarín» se olvidó de «LA REGENTA» y buscó refugio a su dolor en la compañía de su madre doña Leocadia, de su amante esposa Onofre, de sus tres hermanos, y en la visión de su primer hijo, varón, Leopoldo como él. Y como la noticia de la muerte del tantas veces Gobernador se publicó en los diarios de Madrid, pronto se enteraron de ella tantos ilustres y buenos amigos de «Clarín», que se apresuraron a escribirle cartas de pésame y duelo. Entre los firmantes Menéndez Pelayo, Galdós, la Pardo Bazán, Pereda, etc., y también dos viejos patriarcas de la Poesía castellana: Zorrilla y Campoamor. La carta de este último, breve, cariñosa, y con un puntico de egoísta temor, muy prematuramente sentido,

Fr. D. Sepuldo Alas.

Mi querido amigo:
Sentí mucho su desgracia. Los
viejos nos identificamos mas con nues-
tros amigos en sus tribulaciones, y
por eso debe V. creer que con parte
de vosaron las mjas su viejo amigo

Me llaman

Octubre 19-96

se ha mantenido inédita hasta este momento (al menos que yo sepa) y dice así, en papel timbrado, significativo del rango oficial (Consejero de Estado) de quien la escribe.

Consejo de Estado

PARTICULAR

Querido Leopoldo: he SENTIDO MUCHO la muerte del pobre Genaro, CON TANTO MAYOR MOTIVO CUANTO QUE AHORA YA ME TOCA A MÍ (19) pues no sé de NINGUNO QUE TENGA UN DÍA MÁS QUE YO (20).

Recuerdos a toda la familia y DÍGALES que les acompaño en el sentimiento y QUE ME CUENTEN COMO UNO DE SUS MEJORES AMIGOS.

Campoamor

2 de Diciembre [1884]

Carta sucinta, como la inmensa mayoría de las que el poeta de Navia dirigió a «Clarín». Llegaron a mí 27, y sólo una puede llamarse relativamente larga.

No terminaba el año felizmente para don Leopoldo, pero era ley instintiva de vida seguir firme en ella, emproándola, para mejor hacer frente al oleaje del inmediato mañana y del futuro. Por ello hay que suponer que recibidos los amigos que iban a hacerle compañía y contestadas las cartas de pésame más entrañables, «Clarín» volvió a centrarse en vivir las vísperas de la aparición de «LA REGENTA», aunque sin poder retraerse al ala de sombra de la reciente muerte de su padre que le pautaba las horas. Avanzaban los días hacia las vacaciones navideñas y la novela no iba a llegar a tiempo de aparecer dentro del año que figuraría (ya estaba impreso) en su portada interior: 1884. Sospecho que al llegar la víspera de Nochebuena en la Editorial se hizo más lenta, y servida por menos operarios, la tarea de concluir de encuadernar todos los tomos de que constaba esta primera edición. El editor se sentiría a disgusto al ver que al final tendría que llevar la edición una tabla de erratas bastante nutrida y que mal-humoraría a «Clarín». Y por si todo esto no fuera poco, en los últimos días de diciembre de 1884 y primeros de 1885 copiosas nevadas interceptaron el paso de trenes de Castilla al Principado, bloqueando al furgón postal que transportaba paquetes de «La Regenta» para la Librería de Martínez y otras de Gijón y Avilés.

«Clarín» aguardaba, con ansiedad, el ejemplar, los ejemplares que no llegaban, y por carta se disculpaba de la demora con Pérez Galdós y otros amigos. Y al fin la novela vió la luz de los escaparates. Primero en los de la Ciudad Condal, y llegando a las redacciones de los periódicos barceloneses (¿no hubiera sido más delicado que no se vendiese ni un solo ejemplar mientras no dispusiese del suyo el autor de la obra?); después en las Librerías de Madrid, y al fin, salvando la blanca barrera del empinado

Puerto de Pajares, cayeron sobre VETUSTA los primeros ejemplares que conoció el Principado.

Calculo que fue entre el 7 y el 11 de enero de 1885 (ANTES DEL SIETE NO) cuando un ejemplar del primer tomo de la novela temblaba, emotivamente, en las manos de «Clarín». Por ellas habían pasado las galeradas de toda la novela. Si acaso las ultimísimas no las controló enteramente él, por haber sobrevenido la muerte de su padre. Sin embargo, es de suponer que para entonces la impresión ya estaría realizada y sólo quedaría pendiente la encuadernación. ¿Qué le pareció a don Leopoldo la ornamentada presentación exterior de la novela...? ¿Reconoció en aquella torre de la catedral la tan entrañablemente suya, edificada en piedra de lírica ternura...? ¿Qué le pareció aquel paje erguido a un flanco de la portada, con ladeada cabeza pensativa, en la mano el antifaz de «todo el año es carnaval»? ¿Qué la piedra heráldica, con la inscripción VETUSTA, caída en el ángulo inferior izquierdo, símbolo del material de derribo de una sociedad que se viene abajo, que se está viniendo abajo desde siempre, y que no se viene abajo nunca...? No se viene abajo porque la mantienen en pie, en equilibrio inestable, «los intereses creados». Por eso yo siempre le he llamado al paje de la portada de «LA REGENTA», benaventinamente, CRISPÍN.

Es decir: «LA REGENTA» fue el espléndido Regalo de Reyes, 1885, que la Minerva y el talento crítico-amoroso-satírico de «CLARÍN», hizo a las Letras castellanas. Más obedeciendo a propósitos de catarsis y de mover a regeneración y a enmienda, que dejándose gobernar por móviles oscuros. Entre tantas nauseabanduces, más o menos doradas y elegantes, «LA REGENTA» (y lo han dicho muchos lectores sin prejuicios y telarañas en los ojos) es una aspiración a la luz, un intento de impedir que las hipocresías y los egoísmos de toda índole no continúen revistiéndose de tradicionales virtudes.

Y entre los amigos a quienes «Clarín» envió de obsequio «LA REGENTA» figuró CAMPOAMOR. Al remitirle el tomo, falto —claro está, del 2.º, que hasta junio no aparecería—, ¿le expuso don Leopoldo a don Ramón, por escrito, la evolución del conflictivo drama pasional, amasado con frustraciones, ambiciones y hasta egoísmos, batidos por la lluvia e irritados por el arrastre a través de un grisáceo monótono vivir? ¿Le apuntó algo «Clarín», en esa hipotética posible carta, respecto a cómo evolucionaría la acción en el segundo tomo y cuál iba a ser el posible desemboque...? Nos expresamos así, porque parece ser que don Leopoldo dudó mucho sobre cómo convenía que fuese el desenlace de tanta tensión humana, demasiado humana, incluso cuando parecía sacralizarse de alta y pura sublimidad. Sí, dícese que hasta poco antes de llegar a redactar el final, don Leopoldo estuvo dubitativo entre varias opciones desenlazadoras.

Planteo si hubo o no carta de «Clarín» a Campoamor (me inclino a creer que no, dado lo siempre apurado de la vida de docente y colaborador múltiple de don Leopoldo) por cuanto si no la hubo, pasarán a ser aún más meritorios los términos en que el naviego manifiesta su opinión.

Reitero que CAMPOAMOR era poco aficionado a escribir cartas largas, y que por lo común no se adentra en literarias disquisiciones, ni hace lo que Ixart, la Pardo, y otros: gastar las energías que requiere un artículo

que luego pasa por Administración, en un mensaje privado, y que no va a ser rentable, dirigido a un amigo. Las del naviego suelen ser misivas funcionales-amistosas, sobre asuntos políticos (que generalmente le interesaban a él, a don Ramón), o respuestas a recomendaciones que se le hicieron y de cuyas gestiones da noticia. Pero vais a ver cómo la reacción epistolar de Campoamor tiene verdadero interés dentro de su concisión. Yo la valoro en mucho, por ser el poeta lector con muchas horas de vuelo psicológico y perteneciente a cinco o seis generaciones atrás respecto a la de «Clarín». Don Ramón encarna dos niveles generacionales: el romántico que fue de joven, entre 1835 y 1845, y el intuitivo del golpe de timón hacia una poesía que se desembarazase del coturno, descendiese a los salones frívolos, y a la propia calle, intentando (y esto solo ya merece plácemes) lograr lo que en 1905 preconizaba RUBEN DARIO. Este sí lo consiguió en parte: una poesía.

**«HECHA CON LAS COSAS DE TODOS LOS DÍAS
Y OTRAS QUE EN LO... MISTERIOSO ví.**

A don Ramón le falló en gran parte (no siempre) lo simbólico-misterioso, que fue lo que les salvó para el siglo XX, y aún les asegura vigencia para el XXI, a Bécquer y a Rosalía (21). En todo caso la opinión de CAMPOAMOR sobre «LA REGENTA», unida a la de Zorrilla (que se mantuvo siempre en lo febril romántico, sin el gallardo atrevimiento de intentar el cambio) me parecen extraordinariamente significativas y preciosas. Representan los más antiguos niveles estéticos, entre todos los escritores que se correspondieron epistolariamente con «Clarín». Y vamos ya con la transcripción de la carta escrita en papel timbrado de «padre de la Patria»:

**CONGRESO
DE LOS
DIPUTADOS**

«Querido Leopoldo: no sólo he leído el primer tomo de la novela, sino que ésta ME PARECE MUY SUPERIOR A TODAS LAS OBRAS DE TODOS ESOS NOVELISTAS CON LAS CUALES SE SUELE USTED ENTUSIASMAR. EL ESTILO es PINTORESCO Y ANIMADO; el plan, aunque lleno de INCIDENTES, es CLARO; y EL OBJETIVO tal vez ES MÁS TRASCENDENTAL DE LO QUE U. SE HAYA PROPUESTO.

Procuraré ver a Valderrama PARA EL ASUNTO DE LA MAMÁ, y si él va despacio, LE HARÉ YO CORRER.

De las demás cosas, ya sabe u. que, NO SIENDO DE INTERÉS DE MIS AMIGOS, O RELACIONADOS CON LAS LETRAS, me tienen SIN NINGUN CUIDADO.

Es siempre EL MÁS CONSTANTE DE SUS AMIGOS Y ADMIRADORES.

Campoamor

4 de Febrero 1885



CÓNGRESO
DE LOS
DIPUTADOS

Querido Leopoldo:
No solo he leído el primer
tomo de la novela, sino que
esta me parece muy superior
a todas las obras de todos esos
novelistas con los cuales se me
le usted entusiasmar. El estilo
es primoroso y animado; el plan,
aunque lleno de incidentes, es
claro; y el objetivo tal vez es muy
trascendental, de lo que to. le haya

propuesto.

Procurare veru' l'alderanno
pore el asunto de la mania,
y si el va despacio, le haré yo
correr.

De las demas cosas, ya sabe
D. que, no siendo de interés de
nros amigos, o relacionadas
con las letras, me tienen sin
ningun cuidado.

Es siempre el mas constante
de un amigos y admiradores.

Carretero

14 de Febrero

No me gustaría suponer que en esos novelistas con los cuales se suele usted entusiasmar está CAMPOAMOR aludiendo a GALDÓS —Pereda, a partir de «Pedro Sánchez»—, la Pardo Bazán y Palacio Valdés. Pero casi no se puede pensar en otros (22). Esos son los elogiados por «Clarín» y casi los he puesto por orden de la intensidad y frecuencia con que los encomia. Por lo menos en lo que respecta al período 1876 a 1884. Claro que cabría alterar el orden por lo que a doña Emilia y don Armando se refiere. Con el autor de «Marta y María» casi siempre se portó bien, amical y generosamente, su viejo amigo «Clarín». En cambio el de Entralgo, ya muerto Alas, perdió, en muchas de sus obras de recuerdos, magníficas ocasiones de aclararse, de una vez, respecto a su valoración de «LA REGENTA». Hasta creo recordar que para rebajar a ésta dió a entender que era mejor «Su único hijo».

El estilo de «LA REGENTA» no está mal adjetivado; «pintoresco-animado», por parte de quien, como CAMPOAMOR, pronto cumpliría 70 años y que tenía más hecho el oído a las maneras —por otra parte tan distintas— de Varela y Alarcón, que le eran afines generacionales. Y no olvido que en el naviego prosista hay excelentes actitudes y aptitudes de adivinatoria, nerviosa, aguda, modernidad.

Mejor visto lo de «el plan, aunque LLENO DE INCIDENTES, ES CLARO». Porque, en efecto, demuestra gran habilidad constructora en «Clarín», y si no «dominio de masas», sí de gentes numerosas y heterogéneas, que en medio de un entrecruzamiento abigarrado, semi-barroco, de vidas, personajes, situaciones, convergencias de muy diferentes tensiones hacia un idéntico fin, nunca «Clarín» pierda el mando de los «enchufes» de tan complicada central psicológica. Nunca crea la maraña confusionista en que pudieran enredarse los pies lectores.

Y como si dentro de la escala breve las pinceladas analíticas (que eso son) de CAMPOAMOR, fuesen cada vez más finas de matiz y más penetradoras de calado, esa atrevida afirmación (reveladora de la confianza con que el poeta improvisado crítico, trata al crítico no improvisado novelista) de que «EL OBJETIVO TAL VEZ ES MÁS TRASCENDENTAL DE LO QUE U. SE HAYA PROPUESTO». El supuesto me recuerda al empeño de Unamuno en sostener que Cervantes no se dio cuenta de la importancia del Quijote. El naviego no lo plantea de forma tan «insolente», sino con mesura. Sin embargo, yo tengo para mí que «Clarín» supo perfectamente el alcance de lo que hacía. Archi-reflexivo al proyectar, vehemente, y hasta a veces atropellado, al escribir, sabía muy bien por qué peligrosos vericuetos se metía y lo arduo de la alta meta a que aspiraba, aunque en cartas a amigos «sueñe» no servir para escribir novelas. Y es obvio que (como apunté al principio) las observaciones de CAMPOAMOR pasarían a ser aún más valiosas si tuviésemos la seguridad absoluta de que él recibió el tomo de «LA REGENTA», solitario, a cuerpo limpio, y que ninguno del oficio amigo de «Clarín» le comunicó nada respecto a cómo iba a evolucionar la novela a lo largo del segundo tomo. Cuando este apareció, naturalmente que don Ramón lo recibiría, pero creo recordar que al poco coincidió personalmente con Alas en Madrid, en cuya oportunidad le expondría su parecer. ¡Lástima! Esa breve carta primera, era promesa de una segunda más sustanciosa, después de que la «caza y captura» de la pobre Ana, por parte del eclesiástico y del semi-Don Juan, quedase

concluida. Vista para sentencia, que recayó sobre un inocente del Cuerpo: Quintanar.

Lo de ver a VALDERRAMA «para el asunto de su mamá», lo sospecho así: viuda doña Leocadia, le urgiría pasar a percibir pronto la pensión a que tuviese derecho como viuda de un servidor del Poder Público que había ejercido funciones, como superior representante del Central, en seis o siete provincias españolas. Ese Valderrama podía ser un alto funcionario de Clases Pasivas, que creo se llaman así porque no permiten hacer VIDA ACTIVA.

Y con estas consideraciones doy remate a este laborioso trabajo, quizás un poco rollístico, pero con el que creo haber cubierto dos finalidades: Iluminar un poco más (menos da un ladrillo) las etapas del CAMPOAMOR niño, adolescente, joven, antes de marchar a SANTIAGO de Galicia; abrir pistas respecto a lo que hizo en la Ciudad de la invención-sepulcro de Santiago, el «gran fantasma de la Edad Media» como yo le suelo llamar, sin mengua de mi cariño a la muy artística, bordada, Compostela.

Y, con voluntad de ofrenda a la amistad CAMPOAMOR-CLARÍN en el año del Centenario de la más famosa obra del segundo, «LA REGENTA», adelantar dos cartas de las 27 que el naviego dirigió al vetustense.

Finalmente me congratulo de colaborar en «MAGISTER» (yo quise ser maestro pero me catearon en música, como diciéndome: con la «música pedagógica a otra parte»), estando el Centro que publica la Revista bajo la dirección de un entrañable y viejo amigo: MANUEL DEL RÍO CASTRO, pintor y «agente literario», lucense como yo, pero quizás aún más asturianizado que yo. De por vida, y creo que para siempre, se ha incardinado en Oviedo, y Oviedo se ha incardinado en él, en un movimiento acorde de diástole y sístole, como en régimen de vasos comunicantes. Que, humorismos aparte, todo ello confirma la verdad del dicho que algunos incrédulos estiman exagerado: «gallegos y asturianos, primos y hermanos». Yo creo en él, pero tal como se está poniendo el mundo, y como alborea el mañana, yo recomendaría a asturianos y a gallegos y a gallegos y asturianos: MÁS HERMANOS Y MENOS... PRIMOS.

NOTAS

- (1) Extrañamente Martínez Ruiz se olvida de Bécquer y de Rosalía, que serán sus predilectos del XIX, a partir de la década de los diez del presente siglo. Es decir: «se mudará» de Campoamor al sevillano y la padronesa, pero sin nunca olvidar al naviego.
- (2) En Navia habrá Cronistas Locales que podrán aclarar en cuántos años nos hemos equivocado.
- (3) Los datos cronológicos sobre los padres y hermanos de Campoamor los he extraído de trabajos publicados por el naviego más entusiasta del poeta, el Dr. don Jesús Martínez y el inolvidable don Pedro Penzol.
- (4) ¿Por qué FALAZ reflejo...? CAMPOAMOR vivió obsesionado –¿sinceramente?– por el SÍNDROME DE LA MENTIRA. Para él nada es cierto.
- (5) Hasta en el trance revolucionario del 54, el pueblo le trató como a poeta, y no como a político. ¡Y era el Sr. Gobernador!
- (6) La verdad, este «aliño», que puede aceptarse conceptualmente como adorno, compostura, en nuestra sensibilidad auditiva actual suena a ripio.
- (7) Asimismo parece cierre de forzosidad consonántica este segundo «pensil» a las aguas aplicado. Que me lo perdonen las aguas desembocadas del Navia, próximas –las mismas– a las de mi padre Eo. En el Cantábrico, las del Navia y las del Eo se funden y confunden.
- (8) Siempre en Campoamor la ilusión resulta derrotada.
- (9) Lo diáfano y transparente acuático no es de ese Cantábrico gris, que casi siempre lleva en viló sucias, enturbiadoras arenas. ¡Cierto que el poeta lo evoca desde lejos, ya destilado por sus filtros interiores!
- (10) Esta alusión al *hielo* parece vincular el poema al invierno, nada abundante en flores en días de hielo.
- (11) No exagere don Ramón. Mucho más pretencioso iría si circulase por Luarca.
- (12) No tan loca, don Ramón. Más lo sería si se tratase del Eo lamiendo las bases de la demasiada altiva peana de mi villa natal.
- (13) Este «vive Dios!», aunque parezca anticipo del Tenorio, no suena mal, habida cuenta de lo castizo que era Campoamor. Ya lo utilizó antes, en 1838.
- (14) Persiste el vocabulario fúnebre del Romanticismo esceneográfico y tremendista. Enseguida se modifica el rumbo. Surge un CAMPOAMOR EXTRAÑAMENTE FAJADO Y MISTERIOSO.
- (15) Verso éste que de aparecer, como inédito, en una edición póstuma del poeta, nos induciría a decir: ¿Pero este poema es de Campoamor...?
- (16) Recordemos, aunque se trata de expresión tópica y generalizada, el esprocediano «y alza EN BLANDO MOVIMIENTO olas de PLATA Y AZUL».
- (17) El Bécquer de la Rima «¿Será verdad que cuando toca el sueño - con sus dedos de rosa nuestros ojos...?, puede haber leído este verso.
- (18) Reflexión esta, de sólo once sílabas, con bastante más carga filosófica que muchas páginas y páginas de «Lo absoluto», absolutamente amenas y divertidas, pero absolutamente vacías de sentido trascendente.
- (19) CAMPOAMOR MORIRÍA el 12 febrero 1901 y el 13 de junio del mismo año «Clarín».
- (20) Hasta en cartas de pésame jugaba a las «humoradas» don Ramón.
- (21) Sin embargo, ambos sufrieron la clara influencia del poeta de Navia, magnífico como escritor visto en conjunto.
- (22) Cabe también recordar las elogiosas críticas de «Clarín», a novelistas de segundo orden, con páginas de calidad y de primera, como Picón y Ortega Munilla.